

También nosotros, carísimos hermanos míos, si lo deseamos sinceramente, encontraremos, en la piadosa y frecuente asistencia al sacrificio digno de todas las adoraciones del cielo y de la tierra, gran valor y prodigiosa fuerza para atacar y vencer á los enemigos de nuestra alma y de nuestra felicidad. Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMO OCTAVA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION TERCERA.

##### PRINCIPIO DEL SACRIFICIO.

TEXTO. — *Tunc acceptabis sacrificium justitiæ, oblationes et holocausta...* Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos.

(SALMO L, VERS. 20.)

EXORDIO. — En los primeros tiempos del cristianismo, el celebrante hacía aproximadamente todos los días á los fieles una plática sobre el Evangelio que acababa de leer en la Misa. Actualmente esto sólo suele efectuarse los domingos y días festivos. El pastor hace en estos días su sermón, voz griega que significa *nave ó medio de la iglesia*, en atención á que en este sitio es donde se levanta el púlpito donde habla el predicador, y su palabra debe escucharse como la del mismo Dios.

PROPOSICIÓN. — Voy á tratar en este día, hermanos míos, de la tercera parte del divino sacrificio. « Es lo que se hace desde el *Credo*, dice san Alfonso, hasta al *Cánon* (1) ó *Sanctus*. »

DIVISIÓN. — Teniendo que pasar revista á nueve puntos, seré lo

(1) *Explic. abbrev. miss.*

más breve posible. Hablaré pues del *Credo*, del ofertorio, de los dones del pueblo, de la ofrenda del pan, de la presentación del vino mezclado con algunas gotas de agua, de la oblación de los asistentes, de la invocación del Espíritu Santo, de la ablución de los dedos, y de las oraciones que vienen después. Procurad estar bien atentos.

PUNTO PRIMERO. — « Una vez leído el Evangelio, dice san Buena-ventura, conviene explicarlo á los fieles... Viene después el *Credo* (palabra latina que significa *yo creo*), porque todas las predicaciones hechas por Jesucristo y relatadas por los evangelistas, deben creerse firmemente (1). »

« Cuando el sacerdote, añade otro gran doctor, recita este símbolo de la fé, nosotros debemos renovar nuestra creencia tocante á todos los misterios y á todos los dogmas que la Iglesia nos enseña... La señal que distingue á los fieles de los infieles, es el *Credo* (2). »

El oficiante lo recita ó entona en medio del altar, del mismo modo que el *Gloria in excelsis*. Al llegar á esta frase *et homo factus est*, hace una genuflexión, como para representar que Cristo se bajó á nosotros, pobres mortales. Inclina la frente, al decir que el Espíritu Santo es adorado juntamente con el Padre y con el Hijo, y al concluir hace la señal de la cruz, para demostrar que, si esperamos con tanta confianza y alegría la resurrección futura y la vida eterna, es gracia á los méritos de la Redención. Tengamos á honor, hermanos míos, afirmar aquí públicamente nuestro símbolo, y mientras que yo lo recito en alta voz, decidlo vosotros todos en el fondo de vuestro corazón.

*Credo in unum Deum*, creo en un solo Dios, el Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles y de las invisibles. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero del verdadero Dios, engendrado y no creado, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; que descendió del cielo para nosotros los hombres y para nuestra salvación; que se encarnó, tomando un cuerpo en las entrañas de la Virgen María, por obra del Espíritu

(1) *Expos. miss.*

(2) *Explic. abbrev. miss.*

Santo, y se hizo hombre; que fué crucificado también por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos y fué sepultado; que resucitó al tercer día, y según las Escrituras, está sentado á la derecha del Padre; que vendrá de nuevo, en su gloria, á juzgar á los vivos y á los muertos, y cuyo reinado no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, que es igualmente Señor, da la vida, que procede del Padre y del Hijo, que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y el Hijo, que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados, y aguardo la resurrección de los muertos y la vida que ha de venir.

*Amen.* Esto es cierto: creo en las verdades de un Dios creador, en los misterios de un Dios redentor, en las gracias de un Dios santificador. *Qui crediderit... salvus erit*; con el auxilio de lo alto, conformaré mi conducta á mi creencia para salvarme. Así sea.

PUNTO SEGUNDO. — Después del *Credo*, el celebrante besa el altar en señal de amor de Dios y de tratado de paz; y después, para dar testimonio de amor de Dios y de tratado de reconciliación, el sacrificador se vuelve hácia sus hermanos y dice: *El Señor sea con vosotros.* — *Y con tu espíritu*, contestan éstos devolviéndole así caridad por caridad.

Dirigiéndose entonces nuevamente hácia el tabernáculo, añade: *Oremus, oremos*, empieza el sacrificio, redoblemos vosotros y yo nuestro celo y fervor.

Entonces el ministro sagrado dice el *Ofertorio*, así llamado porque se recitaba ó cantaba, mientras el pueblo hacía su ofrenda. Bastante largo en un principio, el *Ofertorio* es hoy poco más que una pequeña antifona, que contiene ordinariamente, ya una alabanza al Altísimo, ya una súplica al cielo, ya una exhortación á los Cristianos á que ofrezcan sus dones. Esto, hermanos míos, no puede ser más justo: puesto que el divino Maestro ofreció su corazón á la perfidia de Judas, su espíritu á la iniquidad de los jueces, su alma á la tristeza de la muerte, sus manos á las ligaduras de los soldados, su rostro á los salvazos del populacho, sus mejillas á las bofetadas de los esclavos, su cabeza á la corona de espinas, su cuerpo todo á las correas de la flagelación; ¿nos resistiríamos nosotros á ofrecernos, sin reserva y

sin demora á Dios Padre, imitando á Jesucristo, la Víctima sin mancha?

PUNTO TERCERO. — He de deciros algunas palabras, hermanos míos carísimos, de las oblações de los fieles. En otro tiempo los Cristianos, hombres y mujeres, iban á la ofrenda, llevando pan, vino y agua para el sacrificador, lo propio que cera, aceite y dinero para los gastos del culto y la manutención del pastor; tal como se practicaba bajo el Antiguo Testamento, en que Dios quería, como lo quiere todavía hoy, que los que sirvan el altar, vivan del altar. Esta costumbre cesó desde el siglo doce y voy á deciros el porqué. El clero creyó que, en la Misa tenía que servirse de pan mejor preparado que el que presentaba la mayoría de los fieles. Además, muchos de ellos hicieron donativos considerables á las iglesias, dejando á los sacerdotes el cuidado de regular los gastos materiales del culto, y de emplear lo sobrante para ellos y para los pobres. Este orden de cosas fué echado por tierra en nuestro país; pero en compensación de las rentas que les fueron quitadas en una época lamentable, los ministros de la religión reciben una asignación anual, por lo demás bastante módica, del gobierno, que saca esta suma de los impuestos. Y, como que los ciudadanos contribuyen á ella proporcionalmente con sus haberes, puede y debe decirse con toda verdad que los fieles, hoy como antes, proporcionan la materia del sacrificio, contribuyen á los gastos del culto, y proveen á la subsistencia del sacerdote. Huellas de esta antigua costumbre encontramos aún en la Misa mayor, en que el diácono y el subdiácono presentan, en nombre de los fieles, el primero el pan y el vino que han de ser consagrados, y el segundo el agua que se ha de mezclar con el vino. En la misa rezada, el acólito es quien llena este cargo.

Además, el pan bendito acompañado de un cirio y de una oración, las ofrendas que se hacen al párroco con motivo de los entierros, matrimonios, bautizos ú otras ceremonias, en una palabra, el pié de altar, y los otros dones de los parroquianos, pueden considerarse como otros tantos vestigios de los usos antiguos. En cambio, el pastor debe dedicarse, en cuerpo y alma, á procurar la salvación de su rebaño.

PUNTO CUARTO. — Volvamos al sacrificador. Cuando, pues, ha dicho el *Ofertorio*, descubre el cáliz. Esta ceremonia puede recordar el

pretorio donde el Redentor vió arrancados sus vestidos, la desnudez á que se vió reducido antes de que le clavasen en el patíbulo, y la necesidad que los fieles tienen de despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo, de rechazar los harapos del vicio y cubrirse con las galas de la virtud.

Ahora, para no tener que volver á hablar de esto, hermanos míos muy amados, haremos una observación general sobre las numerosas señales de la cruz que el sacerdote hace desde el *Ofertorio* hasta la *Comunión*. Así antes como después de la *Consagración* se hace varias veces la señal de la cruz sobre lo que está ofrecido y lo que está consagrado. La intención que la Iglesia tiene es la de atraer la bendición de Dios sobre la materia destinada á ser transformada en cuerpo y sangre de Jesucristo Nuestro Señor, que fué quien hizo esta bendición cuando la multiplicación de los panes en el desierto y antes de la consagración del pan y del vino en la última cena. Es también para representar, al natural, que la oblación que á vuestros ojos se hace es realmente la renovación y continuación de la muerte de un Dios sobre la cruz.

Si en este intervalo el sacerdote, á quien deben imitar los fieles, hacévarias veces sobre sí la señal de la salvación, es para manifestarnos que el Salvador se ofreció para redimirnos á costa de su sangre y que nosotros debemos hacer todo lo posible para aplicarnos los méritos de su pasión.

Volvamos al lado del sacrificador. Cojiendo la patena, donde está el pan, ofrece al Padre celestial, elevando, como hacía Jesucristo, las manos y los ojos al cielo ; pero baja enseguida los ojos á la hostia que presenta, puesto que se reconoce indigno de tan sublime ministerio, y experimenta la necesidad de implorar el perdón de sus faltas ; por esto hace una cosa que es muy natural para todo aquel que sabe que es culpable, baja los ojos.

También vosotros, hermanos míos, á imitación del celebrante, mirad un instante al cielo, porque allí impera vuestro Padre infinitamente bueno ; pero bajad pronto la cabeza, porque sois hijos pródigos, y, si no imitáis su contrición, saldréis del templo como habéis entrado en él, con la carga de vuestros pecados. Si deseáis que no sea

así, unid vuestra súplica á la súplica del sacerdote, vuestro fervor á su fervor, vuestro arrepentimiento al suyo ; poned, por decirlo así, vuestro corazón al lado de la hostia, sobre la patena, á fin de que sea ofrecido al Padre eterno por las manos sacerdotales y, tarde ó temprano, experimentaréis los efectos de esta humilde oración del sacrificador.

*Recibid, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, esta hostia sin mancha que os ofrezco yo, siervo indigno, á vos, mi Dios vivo y verdadero, por mis pecados, ofensas y negligencias que son innumerables, y por los asistentes, y por todos los fieles cristianos, vivos y difuntos, para que esta hostia pura aproveche á mi y á ellos, para la salvación y la vida eterna. Así sea.*

PUNTO QUINTO. — Entonces el sacerdote, haciendo una señal con la patena y la hostia, deposita esta última encima de un lienzo llamado corporal y pasa al costado de la epístola ; una vez allí, vierte vino en el cáliz y mezcla en él dos ó tres gotas de agua : ¿porqué, hermanos míos ? Para significar, dice san Ligorio, la mezcla ó unión que se hizo, por medio de la Encarnación del Verbo, de la divinidad con la humanidad, unidas en la persona del Salvador. Esta mezcla representa asimismo la unión que se establece, en la comunión sacramental, entre el comulgante y Jesucristo. San Agustín llama á la comunión *míxtura Dei et hominis*, es decir mezcla de Dios con el hombre.

Por esto el sacerdote al efectuar esta mezcla dice la oración siguiente : ; *Oh Dios ! que formaste admirablemente al hombre en un estado tan noble, y que le restableciste de un modo más admirable todavía, haz que, por el misterio de esta agua y de este vino, participemos de la divinidad de Aquel que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor Nuestro que, siendo Dios, vive y reina contigo, en unión con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.*

Según los Padres, entre otros san Cirilo y san Buenaventura, esta mezcla tiene lugar, primeramente para recordar la sangre y el agua que brotaron del costado del Redentor en la cruz, y luego para significar

que el pueblo, figurado por el agua, está unido al Salvador, figurado por el vino y ofrecido con él en el cáliz.

Nosotros, hermanos míos, unimos en cierto modo nuestra indigencia y nuestra flaqueza, representadas por el agua sin fuerza ni sabor, á la riqueza y omnipotencia de Cristo, designadas bajo el emblema de un vino fuerte y suave. Y esta unión, ¿ qué resultado debe tener, hermanos míos, para nosotros? Vedlo ahí: como el agua es absorbida por el vino y no forma, por decirlo así, más que una substancia con él, acontece asimismo que, al comulgar con piedad, nos transformamos hasta el extremo de que no somos ya nosotros los que vivimos, sinó que es Jesús quien vive en nosotros. Puede decirse que formamos un solo sér nosotros con él.

Volviendo al medio del altar, el sacerdote ofrece el cáliz al soberano Señor de todas las cosas, y durante este acto tiene fijos los ojos en el cielo. Al ofrecer el pan, ha hablado únicamente en su nombre: « os ofrezco. » ha dicho. Pero aquí, hermanos míos, habla en plural en atención á que el pueblo, representado por la mezcla del agua en el cáliz, ofrece ahora con el sacerdote, que recita la oración siguiente: *Te ofrecemos, Señor, el cáliz de salvación, y suplicamos á tu clemencia que lo haga subir, como un perfume de agradable olor, á la presencia de tu divina majestad, para nuestra salvación y para la de todo el mundo. Así sea.*

Tanto al terminar la ofrenda del vino como la del pan, el sacrificador hace, con el cáliz, una señal de la cruz para demostrar que coloca, en lo posible, la Víctima en la cruz.

PUNTO SEXTO. — Apesar de su indignidad, el ministro del altar acaba de elevar ante el Altísimo la doble materia ó substancia que ha de convertirse en cuerpo y sangre de su Hijo. Pero, para hacer admitir con mayor facilidad su petición, y defender con éxito la causa de sus hermanos, el sacerdote recurre al gran medio de la humildad y del arrepentimiento; inclina la frente y junta las manos, y en esta postura suplicante es como hace la oblación de su espíritu y de su corazón, del espíritu y del corazón de los fieles, para unirlos á la Víctima por excelencia. En efecto, para realizar un acto por el cual miserables criaturas quieren unirse en sacrificio á un Dios que rechaza á los orgullosos

y favorece á los humildes, no bastarian unas disposiciones cualesquiera, pues en tal caso habria una diferencia demasiado chocante entre Jesucristo, nuestro Jefe, y nosotros, sus vasallos. Es preciso pues que celebrante y asistentes tengan las disposiciones necesarias para tener acceso cerca del Señor, y no ofuscar demasiado sus miradas infinitamente puras. Y estas disposiciones ¿ en qué consisten? En una profunda humildad de espíritu y en una verdadera contrición del corazón. La Iglesia santa es quien nos lo dice, poniendo en nuestros lábios las palabras siguientes: *Ante ti (Señor) nos presentamos con espíritu humilde y corazón contrito.* Acudimos con un espíritu humilde que se avergüenza de sus faltas numerosas como los granos de arena del mar, y que se proclama, á la faz del cielo y de la tierra, la más indigna, la más ingrata de las criaturas. Nos acercamos con corazón contrito, bien penetrados de dolor por haber ofendido tanto al Señor cuyo yugo es tan suave y tan ligera la carga, y firmemente resueltos á no volver á ultrajar en adelante al más insigne de los bienhechores y al más tierno de los padres. *Recibenos pues, Señor, y tal sea nuestro sacrificio en tu presencia, que te sea agradable, oh Señor Dios nuestro.*

PUNTO SÉPTIMO. — Ya está pues todo preparado ante la faz del Altísimo, el pan y el vino que han de ser en breve convertidos en cuerpo y sangre de su Hijo muy amado. Humillados estan nuestros espíritus en presencia del Eterno, suspiran nuestros corazones tras los dones de la gracia, y aguardan nuestras almas el rocío de la misericordia. Pero cosas tan grandes sólo pueden ser obradas por el dedo omnipotente del Espíritu santificador, *dextra Dei tu digitus.* A él le corresponde reproducir á Jesucristo sobre el altar, como lo formó en el seno de la Virgen Inmaculada, á él le corresponde consumir la substancia del pan y del vino, por un acto de su poder; á él le corresponde destruir, por el fuego de su amor, lo que hay de terreno y criminal en nosotros; y á éles asimismo á quien deben ofrecerse los sacrificios á la par que á las otras dos Personas, porque forma con ellas un solo y mismo Dios, y el sacrificio es ofrecido á la divinidad. De ahí, hermanos míos, esta invocación: *Ven, Santificador, Dios omnipotente y eterno, y bendice este sacrificio preparado para honrar tu santo nombre.*

Al hacer esta oración, el sacerdote pone en ella todo el fervor de que

es capaz. Al pronunciar estas palabras: *Ven, Santificador, y bendice*, eleva los ojos, extiende los brazos y junta las manos; después, apoyando la izquierda en el altar, hace con la derecha una señal de la cruz sobre la hostia y el cáliz; en los días festivos los incienso. No ignoráis, cristianos, que á la divinidad es á la que se ofrece incienso, para que el sacrificio, subiendo como un perfume hácia ella, le sea agradable, y ella nos sea propicia.

PUNTO OCTAVO. — Después de haber invocado al Espíritu Santo sobre las oblacones y de haberlas incensado cuando el oficio es solemne, el celebrante pasa, con la manos juntas, á la derecha del altar, donde « por respeto para el sacrificio, » dice san Alfonso, se lava las extremidades del pulgar y del índice de las dos manos, rezando una oración que luego diré. Esta operación se hace por un motivo muy natural. Como se habría podido ensuciar exteriormente en la preparación de las ofrendas con el movimiento del incensario, el sacerdote lava por precaución los dedos destinados á tocar el cuerpo del Dios tres veces santo. En efecto, para llevar á cabo una acción tan sublime, jamás puede conceptuarse excesiva la limpieza. En cuanto á la razón mística de esta ablución, vedla ahí. Es para manifestarnos que nuestras obras, designadas por las manos, han de ser puras, para que nos sea permitido estar en el lugar sagrado. Ved ahí, hermanos míos, porque la Iglesia ordena que cada uno de sus ministros repita, al purificarse los dedos, estas palabras de David:

*Lavaré mis manos con los que viven en la inocencia y cercaré tu altar, Señor, para escuchar la voz que anunciará tus alabanzas, y cantar también yo todas tus maravillas. Señor, he amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gloria. No pierdas, oh Dios, mi alma con la de los impíos; ni me hagas perecer con los hombres sanguinarios, cuyas manos están llenas de iniquidades y cuya diestra está colmada de dádivas. Mas yo he entrado con mi inocencia; redímeme y ten misericordia de mí. Mi pié ha seguido firme el camino recto: en las asambleas de los fieles te bendeciré, Señor. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Así sea.*

Mejor cosa no pueden hacer los fieles que unirse, con el corazón y el alma, á estos acentos tan á propósito para enternecer al Señor y hacernos alcanzar sus beneficios.

PUNTO NOVENO. — Algunas palabras todavía sobre el *Suscipe sancta Trinitas*, el *Orate, fratres*, y la *Secreta*. Todas estas oraciones se dicen en el centro del altar.

Al querer hacer la ofrenda á las tres Personas divinas, el sacrificador junta las manos en muestra de que dependemos de aquellas y de nuestra unión con Jesucristo, se inclina en testimonio de adoración profunda y recita la siguiente oración:

*Recibe, oh santa Trinidad, esta oblación que te ofrecemos en memoria de la pasión, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, y en honor de la bienaventurada siempre Virgen Maria, y del bienaventurado san Juan Bautista, y de los santos apóstoles, Pedro y Pablo; y no solamente de estos, sino de todos los demás santos para que esta oblación sirva para honra suya y para nuestra salvación, y que aquellos á quienes conmemoramos en la tierra se dignen interceder por nosotros en los cielos. Por el mismo Jesucristo Señor Nuestro. Así sea.*

Hago notar de paso que esta oración prueba que el sacrificio no se ofrece á los santos, sino que se ofrece únicamente en honor suyo.

« Con esta oración, dice san Alfonso M. de Ligorio, el sacerdote ofrece Jesucristo á Dios, como una víctima inmolada ya por la muerte. Los herejes nos calumnian diciendo que ofrecemos á Dios dos sacrificios diferentes, el de la cruz y el de la Eucaristía: pero no es cierto que haya dos sacrificios; porque... el sacrificio de la Eucaristía es una conmemoración (un recuerdo) del de la cruz, y es realmente el mismo, pues, tanto en el uno como en el otro, Cristo es la misma víctima y el mismo principal sacrificador (1). »

Pero, á medida que se aproxima el momento del sacrificio, preciso es que aumente el fuego del fervor, y al sacerdote es á quien le toca excitarlo. Besando pues el altar y volviéndose hácia los fieles, eleva los brazos y junta las manos, y exclama: *Rogad, hermanos, para que*

(1) *Explic. abbrev. miss.*

*este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable á Dios, Padre todopoderoso.*

*El Señor, contesta el ministro en nombre del pueblo, reciba de tus manos el sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre y también para nuestra utilidad y para la de toda su Iglesia santa.*

*Amen.* Haga el cielo que sea verdaderamente así.

Entonces el sacerdote, extendidos los brazos, recita una ó varias oraciones, llamadas *secretas* porque se dicen en voz baja; es la oración del misterioso silencio que va á envolver el inefable acto del sacrificio. En esta oración se pide generalmente que el pan y el vino sean convertidos en el cuerpo y la sangre del Redentor, por un efecto de su omnipotencia, y que nuestra alma, bajo el pincel de la gracia, si así me es lícito expresarme, venga á ser exactísima imagen del alma de Jesucristo.

« La *secreta*, dice san Alfonso, es una oración sobre las ofrendas del pan y del vino que han de transformarse en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo; por esto la Iglesia ruega al Señor que los bendiga, y los haga provechosos, no sólo para los que los presentan, sino también para todos los fieles (1). »

Según san Buenaventura, « la *secreta* significa aquella oración hecha en la soledad (por Nuestro Señor Jesucristo) y durante la cual corría por su cuerpo un sudor de sangre (2). »

PERORACIÓN.— Voy á concluir, carísimos hermanos míos. En el Sacrificio de la Misa es donde santa Isabel, reina de Turingia, iba á buscar todas las fuerzas sobrenaturales que necesitaba para entregarse, con una abnegación sin límites, á las obras de caridad. Nada más admirable que la humildad con que se anonadaba ante la majestad del Rey de los cielos. Veíase aumentar su devoción de un momento á otro, sobre todo durante las partes principales de la Misa. Esto hacía, hermanos míos, que á la vista de aquella heroica cristiana, hasta las personas más indiferentes se sintiesen impelidas á la piedad.

(1) *Explic. abbrev. miss.*

(2) *Expos. miss.*

¡Permita Dios, hermanos míos muy amados, que podais poner en práctica las resoluciones que un ejemplo tan magnífico os debe hacer tomar! Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMONOVENA.

### EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

#### INSTRUCCION CUARTA.

##### CONSAGRACION DE LAS SANTAS ESPECIES.

TEXTO. — *Hoc est corpus meum... Hic est sanguis meus...* Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre...

(SAN MATEO, CAP. XXVI, VERS. 26 y 28.)

EXORDIO. — Al fin de mi instrucción anterior, hermanos míos muy amados, os hablé de la *secreta*, oración así llamada porque se reza en voz baja, desde el principio hasta el fin, á excepción de estas cuatro palabras de la conclusión: *per omnia sæcula sæculorum*.

El sacerdote está ya, al parecer, encerrado en el Santo de los Santos, lejos de los fieles, de suerte que, para inducirles á unirse con él, tiene naturalmente que levantar la voz.

PROPOSICIÓN. — En esta ocasión vamos á meditar sobre la cuarta parte del santo Sacrificio.

DIVISIÓN. — Ésta comprende el *Prefacio*, el *Sanctus*, las oraciones anteriores á la consagración, la *Consagración*, las oraciones posteriores á ésta, y el final del cánon. Estos diferentes puntos, hermanos míos, exigen aclaraciones de mi parte, y recojimiento de la vuestra.

PUNTO PRIMERO. — Apoyadas las manos en el centro del altar, exclama el oficiante: *por todos los siglos de los siglos*.

Por estas palabras, que recuerdan la eternidad, debemos comprender que nada terrenal se opera aquí, que tiene lugar en las alturas